

aquel
VERANO



aquel VERano

Cecilia Domínguez Luis



www.editorialviceversa.com

Advertencia: Los personajes y situaciones retratados en esta novela son por completo ficticios. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

© Cecilia Domínguez, 2010

© Editorial Viceversa, S.L.U., 2010

Calatrava, 1-7 bajos. 08017 Barcelona (España)

Primera edición: junio 2010

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-92819-30-0

Depósito legal: M-22522-2010

Impreso por Dédalo Offset, S. L.

A mis hijas por todos los veranos



CAPÍTULO I

El día había amanecido sin una nube. En la costa, las gaviotas se aventuraban por una playa solitaria y silenciosa a esa hora de la mañana. De pronto, como si intuyesen alguna presencia, remontaban el vuelo, planeaban alrededor de los escollos y volvían a descender dando chillidos. Pero la playa continuaba solitaria y las olas, en la bajamar, iban dejando rastros de espuma que, en segundos, desaparecía entre la arena. Tal vez, en ese ir y venir, aparentemente sin sentido, las gaviotas esperaran mareas más propicias.

El sol calentaba ya con fuerza y los tejados de las casas del pueblo relucían naranjas, recortándose bajo la colina.

—¡Samuel! Vamos para que me ayudes a arreglar la casa de la colina. Este verano la van a ocupar don Jaime y su familia. Debe estar llena de polvo. Además tenemos que comprobar si las bisagras de las puertas funcionan bien, así que lleva aceite, por si chirrían. ¿Me estás oyendo?

—¡Sí, madre, claro que te oigo! ¡Ya voy!

La voz de su madre había sacado a Samuel de una especie de letargo y, realmente, no se enteró muy bien de lo que le había dicho; sólo se le quedó en la mente lo de «casa de la colina», «ar reglar» y «el verano». Los folios seguían allí, con las preguntas amenazando el espacio en blanco, al lado del libro de matemáticas que su madre le hacía repasar porque, según ella, era en lo que más flaqueaba. Él, con los ojos fijos en el papel, como si intentase escudriñar en cada uno de los signos, estaba lejos de allí, sobre las pequeñas rocas que lo invitaban al sabor salino de las lapas ocultas, o a ese deambular por la pequeña cala, escondiéndose tras los arbustos para espiar a las muchachas que corren a mojarse los pies y no se atreven a adentrarse en el mar que golpeaba con fuerza las rocas. Algún día él será importante y podrá elegir a la más hermosa... Al menos eso le había dicho Netrea, la bruja, como la llamaban en el pueblo.

Ahora recuerda la tarde en que la vio por primera vez. Samuel se había acercado con una caña de pescar al pequeño acantilado que hay al lado izquierdo de la cala. Eran sus primeros intentos con la pesca. Lo hacía un poco para tranquilizar a su madre, preocupada porque «tantas horas metido en ese mar... Un día te saldrán escamas».

Y es que Samuel había aprendido a bucear desde muy pequeño; no se sabe cómo porque nadie le enseñó. Buceaba hasta que sus pulmones estaban a punto de estallar. Todos le recuerdan siempre en la orilla, buceando, nadando o recorriendo la cala en busca del lugar más estratégico para lanzar el sedal. No parecía preocupado por lo que había más allá de ese horizonte hacia el que se perdía su vista en los ocasos, ni siquiera más allá de la isla, hasta que el vuelo de alguna gaviota o una pardela distraía su mirada. Parecía feliz frente a aquel mar ilimitado, con el paisaje de rocas heridas por el sol y las olas, y ese cielo cambiante e infinito.

«Desde luego que esto de los libros y de estudiar no es lo mío —se decía—. Lo mío es la mar, la pesca...». Pero a Samuel no se le escapaba la oposición de su madre.

Ella a veces lo miraba con una mezcla de tristeza y resignación. «No se puede luchar contra la sangre, y la de Samuel huele a algas y a brea. Y sus manos son iguales a las de su padre y su abuelo: manos hechas para la brega con el mar». Pero no podía ceder; al menos hasta que terminase sus estudios en la ciudad, para lo que había estado ahorrando desde que Samuel nació. Todo esto lo recuerda Samuel mientras ve hundirse la boya y siente la tensión del sedal entre sus dedos. Empieza el juego, la lucha a vida o muerte.

De pronto algo le hace volver la cabeza. Una mujer sale de entre los arbustos y lo mira. Luego mira hacia el mar. Fueron esos segundos de distracción los que propiciaron la huida del pez. El sedal se afloja y la boya sale de nuevo a la superficie. Samuel maldice y recoge. Vuelve a poner carnada en el anzuelo. La mujer vuelve a mirarlo y él siente un homiguelo parecido al que sentía algunas noches, cuando despierta de un sueño en el que distingue claramente cada peñasco de una cala desconocida donde está tendido, mientras tres gaviotas se posan en la arena y se acercan peligrosamente a sus ojos. Él se los cubre. Las gaviotas levantan el vuelo; después se lanzan al vacío marino, rápidas y violentas. Cuando vuelven a alzarse, llevan un pez atravesado en sus picos. Es un pez extraño, rojo, sin escamas. Luego se da cuenta de que es él mismo y despierta sudoroso.

Ahora siente en sus manos ese mismo sudor que hace que se le resbale la caña. Parece incapaz de cualquier movimiento. Duda de si podría lanzar de nuevo. Mira a la mujer. Ella parece sonreírle y hacerle una seña. Samuel lanza el sedal y mientras aguarda le parece oír una voz que le susurra al oído promesas de días hermosos. Cuando saca aquel pez rojo ya la mujer se ha ido.

No dijo a nadie nada de aquel encuentro. Supo enseguida quién era aquella mujer. Ya había oído hablar de ella a los demás chicos cuando se reunían por las tardes en la plaza del pueblo.

Vuelto a la realidad, reacciona ante la llamada insistente de su madre.

—¡Ya voy, ya voy! Oye, ¿quién dices que va a venir a la casa?

—Tú no los conoces —contestó su abuelo—. Jaime hace mucho tiempo que no viene por aquí. De hecho al poco de nacer, sus padres y él se marcharon a la ciudad, aunque venían todos los veranos, mientras Jaime fue un niño. Pero desde que se hizo mayorcito, ya no volvieron. De lo que sí nos enteramos es de que se hizo veterinario y empezó a trabajar en la ciudad. Allí, en la ciudad, conoció a María, se casó y tuvieron una hija que debe de ser más o menos de tu edad.

—Sí —continuó su madre—. Y ahora parece que le apetece volver, aunque sea una temporadita, a descansar y, tal vez, a recordar viejos tiempos... Pero basta ya de cháchara. Anda, vamos, hijo; coge también la caja de herramientas por si hace falta arreglar un grifo o clavar alguna tabla...